



NO.
16

ESPORA

MICROFICCIÓN POESÍA ENSAYO CUENTO RESEÑA

“

La mentira más común es aquella con la que un hombre se engaña a sí mismo. Engañar a los demás es un defecto relativamente vano.”

EL ANTICRISTO, MALDICIÓN SOBRE EL CRISTIANISMO, DE FRIEDRICH NIETZSCHE

CARTA EDITORIAL

...

Entre puertas vencidas y cajones: / un espejo con marco de madera bubinga/, te escondes/. Me siento frente a un cristal oscuro con la seguridad de que,/ los caminos buscan destino: /en una vuelta de mi mano se abre el mundo/ más allá del noveno cielo externo/. Percibo irregularidades pero soy incapaz de saber qué hay/. Mis delgados dedos no alcanzaban a tapar toda mi cara.

Un camino de edades y de falsos reflejos, /vamos donde la paciencia no niega que la gloria de este mundo es transitoria/. Sólo los grandes solitarios emprenden largas caminatas/. Y sin embargo, me siento igual que ayer.../ lo que sea que quede de ti seguirá vagando/. Nada lo conciben distinto, la gente sigue en su mismo inframundo/.

Háblame del tiempo gastado,/ como los pasos de un lienzo sin piernas/.

Ahora que el trino ha cesado/, el giro de la historia debió haber sido otro.

Las editoras

DIRECTORIO

Editor responsable

Clemencia Corte Velasco

Editores responsables de este número

Gabriela Suzán Malda
Paula Stefany Hernández Gándara
Valeria Alcaraz Jiménez

Consejo Editorial

Beatriz Barreda Zamora
Gabriela Suzán Malda
Marielo Regina Polo Chávez
Paula Stefany Hernández Gándara
Valeria Alcaraz Jiménez

Dirección de diseño

Marysol Fuentes Silva
Melissa Ybarra Ocadiz

Diseño

Ana Belén Ahuatzí Pinillo
Andrea Hernández Marí
Camila Mata Zenteno
Carolina Aide Ramírez Lara
César Godínez Bolaños
Deniss Carolina Sánchez Escalante
Diana Laura Mendoza Delgadillo
Jacqueline Gallardo Contreras
Janine Pamela Sosa Sánchez
Laura Andrea Gómez Mendoza
Lilia Alejandra Linares Tochiuitl
Paulina Quiroz Arroyo

Comunicación

Valeria Alcaraz Jiménez

Colaboradores

Aarón Thaumatrope Álvarez
Jesús Daniel Juárez Cruz
Kaleb Gómez
Mónica González Velázquez
Nitz Lerasmo
Paco Carmona
Pedro Díaz
Ricardo Sandoval Tello
Rusvelt Nivia Castellanos
Ulises Sauri
Verónica Meneses Pérez
Victor González Astudillo

Portada

Mariana Melissa Ybarra Ocadiz

ESFORA, Año 3, No. 16, enero a febrero, es una publicación mensual editada por la Universidad de las Américas Puebla a través de la Escuela de Artes y Humanidades. Ex hacienda Santa Catarina Mártir s/n, San Andrés Cholula, Puebla, México, 72810, tel. 222 2292000, www.espora.udlap.mx, esporarevista@gmail.com. Editora responsable: Clemencia Corte Velasco. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo no. 04-2016-102014364800-102, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de la última actualización de este número: Gabriela Suzán Malda, Paula Stefany Hernández Gándara, Valeria Alcaraz Jiménez, Ex hacienda Santa Catarina Mártir s/n, 72810, San Andrés Cholula, Puebla, México. Fecha de última modificación: Lunes 19 de febrero 2018. Queda prohibida la reproducción parcial o total, por cualquier medio, del contenido de la presente obra, sin contar con autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor. Los artículos, así como su contenido, su estilo y las opiniones expresadas en ellos, son responsabilidad de los autores y no necesariamente reflejan la opinión de la UDLAP.

ESFORA

NÚMERO 16

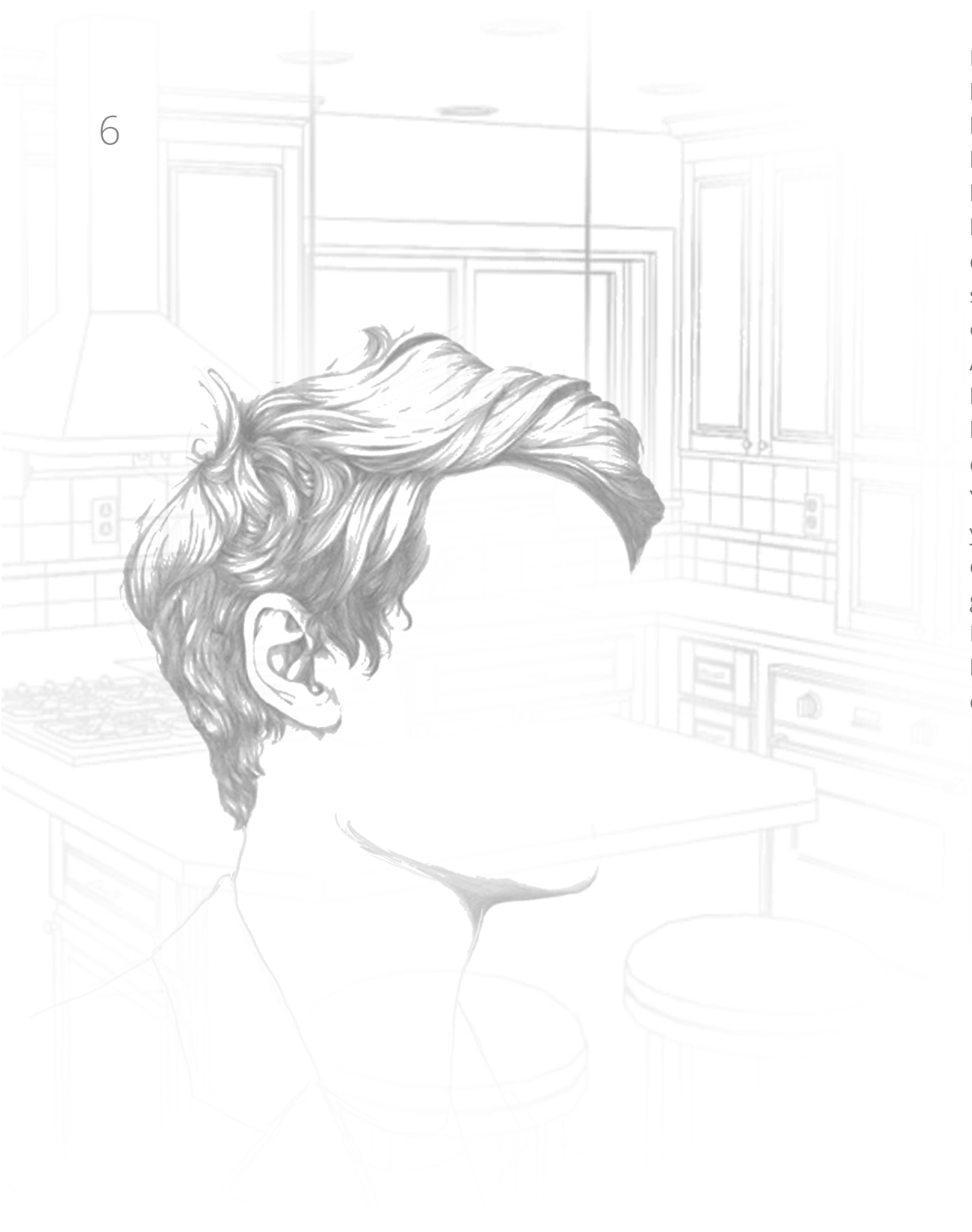
ÍNDICE

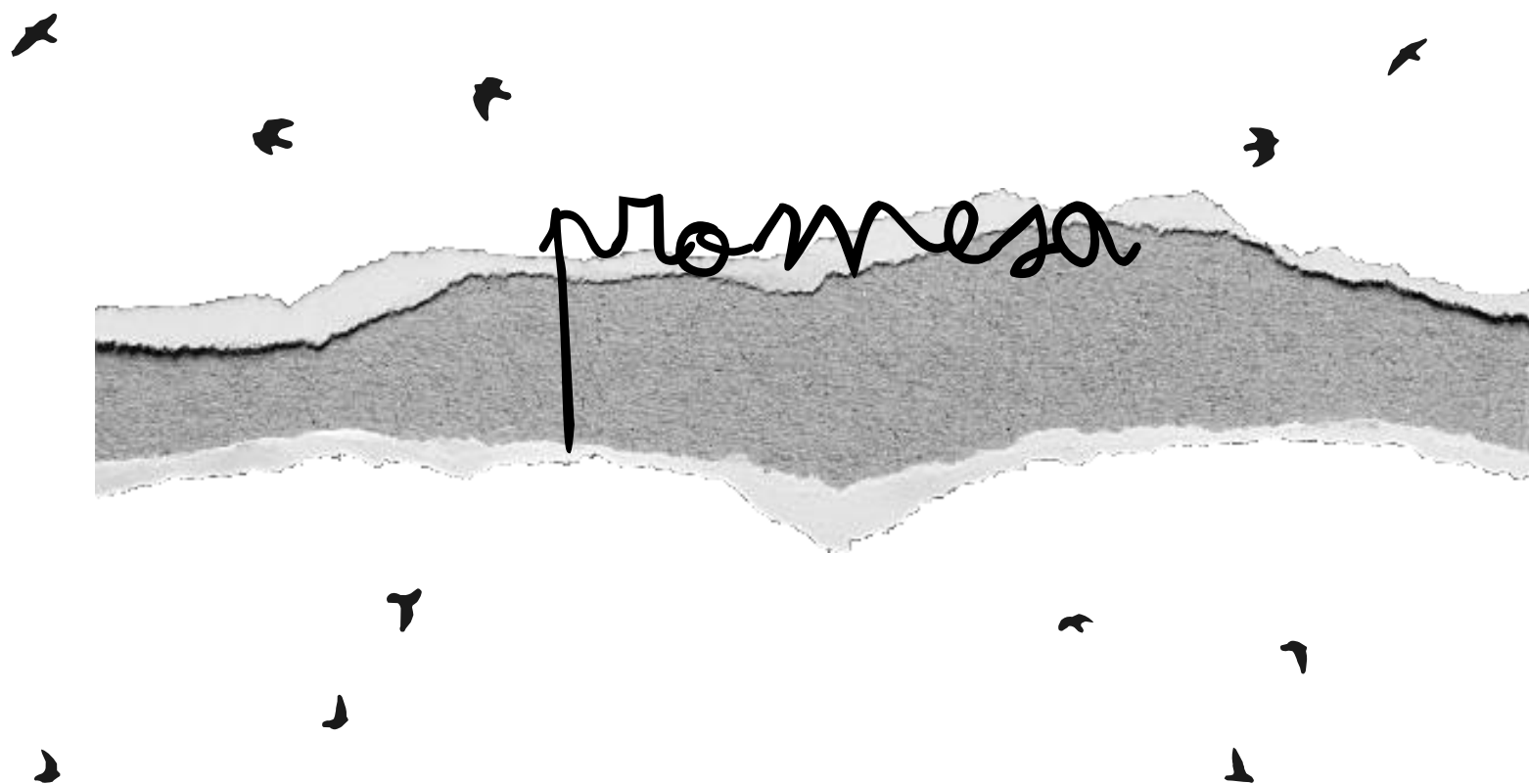
- 6** **La casa limpia**
Ulises Sauri
- 7** **Promesa**
Kaleb Gómez
- 9** **Animales de casa**
Victor González Astudillo
- 12** **Tachuela**
Rusvelt Nivia Castellanos
- 15** **Ann Darrow**
Paco Carmona
- 16** **Minúsculos**
Aarón Thaumatrope Álvarez
- 17** **Desenmascararse frente al espejo**
Verónica Meneses Pérez
- 20** **El David de Siqueiros**
Pedro Díaz
- 21** **Mulkraj Anand**
Jesús Daniel Juárez Cruz
- 23** **Instrucciones para un funeral**
Ulises Sauri
- 24** **Motivos por los que se ufana este cuerpo**
Mónica González Velázquez
- 25** **Soneto hermético**
Nitz Lerasmo
- 26** **Un día escribí acerca de los giros**
Mónica González Velázquez
- 27** **Wish you were here**
Ricardo Sandoval Tello

Ulises Sauri
Jalisco, México.
f. ulises.sauri

LA
CASA
LIMPIA

Me he encontrado con los platos limpios
las sábanas bien dobladas y
las cortinas corridas,
la luz me corroe;
háblame del tiempo gastado,
las pestañas se me estropearon
de tanto llorar para adentro,
soy el resultado de la fatiga,
el hambre voraz de un hombre sin ilusiones.
Aquél que va por la vida sin temer
la larga espera de una fila sin ticket,
lo mejor es gritar lo suficiente para
espantar las ganas de morir.
Ya tengo el alma vieja
y en mi terquedad me sigue tocando
el retorno, cuando uno quiere ser solo
granizo, rocío o resolana.
Me he encontrado con la tina blanca,
las plantas llenas de agua,
el estante sin polvo, las ganas ausentes.





Diciembre, 2015: nadie ha vuelto
a ocupar este cuarto.

Tal como los dejé,
se revelan la cama y el librero,
un espejo manchado y una percha
que apenas se sostiene.

Las fotos me sugieren una imagen ajena,
un camino de edades y de falsos reflejos,
anécdotas que nunca mencioné,
o que no recordaba.

Aturdido, entre puertas vencidas y cajones,
me detengo a aprender mi propia historia,
a buscar mi semblante entre mis restos:
un libro, un alfiler, alguna nota,
la marca que me exponga
como era -tal vez- hace diez años.

Detrás de la cortina,
me parece escuchar mi voz, más joven,
la nota ahogada de una guitarra negra;
mi propia mano se confunde en otra
al repasar los trastes.

Kaleb Gómez
Guadalajara, Jalisco
f: kaleb.gomez

Eran otros mis dedos, los sonidos,
otro mi pelo -largo-.
La tristeza es la misma, sin embargo.
El temblor de mis manos, siempre el mismo.



Algo olvidé y lo guardan mis enseres
en la forma del polvo que los cubre,



una verdad más tensa que estas cuerdas:
lo que perdí, perdido está hace tiempo,
lo que toco no es mío,
lo que ha sido no vuelve.



A la mitad de un cuaderno estropeado
por lustros de humedad y un tamo espeso,
hallo también mi soledad, más joven:

en la esquina doblada, el nombre púrpura
de una muchacha rota,
una letra espinada e intranquila,
la primera metáfora con plumas...



Hay un olor en el papel, que admito,
un aleteo frágil
al volver cada hoja.

Como una herida tenue pero abierta,
está mi propio pulso aquí guardado,
yaciendo entre los márgenes, inerme;

hay un aroma acuático y ligero,
un gesto familiar, un guiño, acaso,

y en las últimas páginas, escrito
con tinta roja, igual que una promesa:
volverán las oscuras golondrinas.



ANIMALES DE CASA

Victor González Astudillo

Santiago, Chile.

f: v.gonzalez21

Reportaje realizado por Televisión Nacional de Chile. Noticiero después de la media tarde:

Una banda de delincuentes protagonizó un violento asalto en la comuna de -undefined- durante la tarde del día de ayer. El robo se llevó acabo en una casa del sector -undefined- de Santiago, donde se sustrajo alrededor de -undefined- en joyería y otras posesiones. Hasta ahora, no se ha podido identificar a ninguno de los integrantes del grupo.

Inventario febrero

Espejo con marco de madera bubinga. Fuente para el pan de plata fina. Piedra lapislázuli del tamaño de una mano. Televisor Full LED Slim 3D de 55 pulgadas. Anillo fino de oro de 18K con diamantes. Anillo de oro blanco con 7 brillantes. Mitsubishi Lancer 1.6, transmisión manual, tracción delantera, año 2017. Piano acústico vertical Rachals & Company, año 1940.

|

Mi perro amaneció muerto. Lo encontré dentro de su casa con el hocico sangrando. Al darle vuelta vi que su panza estaba ridículamente hinchada, el hambre hizo que se comiera su propio excremento. De la muerte me di cuenta al salir en la mañana, la casa del perro está a un costado de la puerta. El olor que salía del cadáver era una mezcla de mariscos con huevos podridos. Una mancha oscura caía de las tablas y se esparcía por el cemento del patio. Pensé: *ya no queda nadie que pueda cuidar la casa.*



Me tapé la nariz con una mano, con la otra arrastré al perro hasta que cayó hecho un trapo. Los ojos del animal estaban cerrados. Me pregunto si habrá muerto estando despierto. Luego de envolverlo con una toalla, saqué su casa a la calle y la lavé con una manguera. Los gusanos caían en la cuneta para luego irse por el ducto del drenaje. El agua que salía de la casa estaba compuesta por un líquido negro, sangre de perro y algunos pelos sueltos.

Llevé el cuerpo en el auto hasta un sitio baldío detrás del condominio. Estuve un tiempo sacando la maleza del lugar donde quería enterrarlo y era como arrancar los pelos de una cabeza vieja. Mientras lo hacía, recordaba una canción cristiana que escuché cuando niño. Pensé: los perros no tienen alma. Después de cavar la tumba, eché su cuerpo al fondo. Cuando ya estuvo cubierto, puse una piedra a modo de lápida. Llevaba un plumón encima, así que escribí lo siguiente: «la casa donde vivía quedó desnuda».

Inventario agosto

Espejo con un marco de madera común. Fuente para el pan de bambú. Piedra de cuarzo del tamaño de un puño. Televisor Sony Portátil Tv-940uwe de cuerpo ancho. Anillo de compromiso talla 15, bañado en oro. Swarovski colgante bañado en plata. Suzuki Alto 800 usado, motor F8D con inyección multipunto. Guitarra clásica ARCG34 3/4, color violeta Vizcaya.

II

Entrada la noche se metieron a robar a mi casa. Alrededor de cinco personas entraron a la fuerza por la puerta principal. La chapa salió disparada, al verla me puse de pie y recibí un golpe en la nariz con la culata de una pistola. Pensé: *los perros muertos no ladran.*

Al caer, uno de los hombres me pateó la cara, luego puso su pistola en una de mis mejillas. Algunos subieron por la escalera, mientras que el resto se quedó dando vueltas por el piso de abajo. De a poco fui quedando recostado con la cara pegada al suelo. El cañón de la pistola me presionaba la nuca. El hombre revisó mis bolsillos, pero no llevaba nada, estaba por acostarme.

Debe haber pasado media hora hasta que se fueron. Uno a uno iban saliendo por la puerta, el último en escapar fue el hombre de la pistola. Antes de marcharse bajó mis pantalones y metió su cañón en mi ano. Pegó un disparo, el arma estaba cargada con balas de salvamento. Sentí el recto quemarse con la pólvora. Desmayé y tuve una alucinación: los hombres que entraron a robar tenían máscaras de perro. En cuatro patas recorrían la casa mientras yo los miraba desde el sillón. Buscaban comida, lo supe de inmediato. Al no encontrarla, todos murieron. De sus cuerpos salían pequeños gusanos.

Inventario diciembre - enero

Espejo sin marco. Fuente para el pan hecha con madera y cartón. Piedra de fantasía del tamaño de un dedo. Televisor y radio NEC fabricado en Japón. Anillo de fantasía bañado en cobre. Aros de plástico y madera. Tarjeta BIP con una carga de \$2,000. Guitarra usada con la madera abierta, marca Mesko.

III

Instalé un sistema de cámaras por toda la casa, puse alambrado alrededor del patio, barrotes en las ventanas, doble pestillo en la puerta y un mecanismo de alarma. En ello gasté todo el dinero acumulado del año, para lo cual tuve que poner restricciones. Vendí casi todas mis cosas. No compré nada en todos estos meses. Pensé: *la comida de perro no debería ser tan cara.*



Durante la tarde salgo a comprar pan. Aunque sea un recorrido corto, siempre debo ajustar el sistema antes de salir. Al principio no podía recordar bien la configuración, pero al tiempo se hizo un hábito. En casa me siento seguro.

En el noticiero se habla de lugares para vacacionar durante el verano. Digo en voz alta: no tengo dinero ni para salir de la casa. Al rato informan de un nuevo robo:

Cinco hombres han quedado detenidos durante un operativo policial en el sector -undefined- de Santiago. Luego de que un sistema de alerta domiciliario fuera activado, la policía llegó al lugar de forma inmediata donde un grupo de delincuentes asaltaba una casa habitada. Lamentablemente, el propietario del inmueble afectado fue encontrado muerto. Se piensa que fue producto de un paro cardíaco.

Entonces comienza la sección de deportes. Apago el televisor y me levanto de una silla reclinada. En mi habitación está el puesto de control de cámaras. Me quedo delante de las pantallas casi toda la noche. Las calles están vacías. Mi estómago resuena, pero no tengo nada para echar dentro. En medio de los ruidos, una de las cámaras detecta movimiento. Siento mi cuerpo como en medio de una ensoñación. Muevo de forma lenta los controles, hago un acercamiento y veo lo siguiente: un perro enflaquecido está metido en el tarro de la basura.

Los terrores no se han marchado.



Rusvelt Nivia Castellanos
Ibagué, Colombia

12

TACHUELA

Recomienza el juego para Tachuela. A su hora, se arregla sin nada de afán. Está él de lo más contento del corazón. Sabe que su presente es infinito. Ya despaciosos se acomoda la pimpinela roja en la nariz, se pinta la cara de azul. Le queda bien esa máscara con el vestido de salsero que lleva puesto. Su sonrisa ahora la hace de escarcha. De una sola queda bonito. Enseguida, da unos cuantos pasos hacia adelante, empuja el espejo del cuartucho en donde dormita y tranquilo sale a la ciudad bogotana. En lentos segundos, cruza la Avenida Caracas, llega al rincón de la otra esquina desteñida, mas le regala una monería al niño que acaba de pasar distraídamente con su madre en embarazo.

Y son las nueve de la mañana en Colombia. Hace un frío ceniciento en esta capital del espectáculo. El día parece ser promisorio para quien cree en lo increíble. El payaso así para lo feliz, se detiene en la acera, abre su portafolio de algodón, extrae una peluca de colores, se la pone sobre la cabeza. Hoy hacía lo indistinto, debe hacer reír a la gente igual que ayer. Ciertamente está casi listo para invocar la diversión. Su mayor deseo es romperle la rutina a los deambulantes. De repleto, lo aspira mediante la imaginación. Aquí entonces, supera al miedo con sorpresa, y mímico se dispone a bailar una cumbia caribeña. A lo artista, se deja llevar por esa canción de La pollera colorá, cuya lindura suena levemente en la cafetería del costeño. Tachuela a lo bonachón, se siente liberal en estas afueras festivas. Eufórico, agita sus zapatos gigantes. De repente da una vuelta completa y de animoso, le roba el beso a una bufona tonta, quien acaba de salir por

el edificio de los chocolates. Luego corre solo a toda marcha para evitarse la cachetada. Evade a unos cuantos constructores que se le atraviesan. Coge por un callejón sin direcciones rápidamente. Por allá, se esconde entre las canecas y unos pedazos de madera, porque él quiere otra vez ser niño con ella. La mujer queda por su parte desconcertada, se saborea los labios embabados, le da risa y no lo persigue ni hace nada anormal. Mejor, coge por su camino habitual para ir hasta el circo de los tramposos. Anda sin ligereza a lo fresca. Tras lo pensativa, recupera su mundo de fastidio sin siquiera haber distinguido al ladrón del resto; deambula como una solterona por la desiudad. Entre sus momentos, boba se deprime cada vez cuando los hombres la observan como a una muchacha recurtida. Esto duro le sucede con bastante frecuencia. A causa de su vagancia, la decepción constante le destroza las ilusiones más hermosas.

En cuanto a Tachuela, solo espera entre las lagartijas a que ella se vaya lejos. Casi no hace bulla. Escasamente, espanta a los bichos que se le suben por los pantalones. Los bota con repudio al suelo con sus dedos. Pasan a la vez unas nebulosas por sobre sus ojos cafés. Tal casualidad, pues, le resulta enigmática. Por aquí él se siente un poco mareado. En verdad ese clima brumoso lo trastorna. Aparte que, incesantemente, esa vida social lo confunde por ser tan monótona. Así en lo ansioso, saca un cigarrillo del bolsillo. Por medio de una magia chispeante, lo enciende con curiosidad. Excitado se lo lleva a la boca, lo fuma sin zozobra. Se chupa sus emociones. El humo sobre lo albo despeja su mente. De paso, recita un rezo para que ningún ratero le quite la maleta en donde tiene guardadas las bromas junto con el dinero. Es que dejó los cachivaches detrás del teléfono público. Por tal motivo, sale ahora del escondrijo. Da la última bocanada al vicio, bota la colilla. Más que cuidadoso, se asoma a la avenida para ver si la bufona ya se fue a su trabajo. Efectivamente ella no está en estos alrededores del desorden. Nomás se ven carros que sobrepasan los semáforos; nomás trotan los ejecutivos con sus trajes de paño y por ahí hay algunos jóvenes, que juegan a la rayuela. Demás por entre este destino, chistoso el loco va otra vez enrumbado hacia su escenario de actuación. De mozo lo encauza con pasión, porque su forma de pensar es diferente al de las personas comunes y corrientes.

Por lo cual en breve consigue aparecer una corbata de sus mangas. Se la pone sobre el camisón y entre burlas empieza por imitar a los oficinistas malhumorados, que no cesan de transitar por la calzada mugrienta. Como hombre sin pena, les critica el caminar y les repite los gestos, sin decoro. En acto irrespetuoso les saca la lengua. Acaba de cruzarlo asimismo un comerciante rubio, que va vestido de negro. Y Tachuela de saboteador, le echa maizena en el pelo. Pese a todo, nadie reacciona ni lo detiene, ni siquiera el propio agredido quien sólo ingresa al casino en donde hace negocios con los clientes.

Debido a esta pasividad, ahora payaso de repasado, ironiza a un viejo canoso que está recostado contra la pared, viendo salir

a los renacuajos de las alcantarillas. A lo extravagante, Tachuela pues, lo ofende sin la menor precaución por hablarle a modo de fantasma. Hasta lo hiere con unas muecas de obsceno, que le recrea. Entre lo otro anormal, se aleja de allí por unos segundos y dándose las de malicioso, pasa a coger un globo del ramillete que hay más próximo, y pronto lo chupa con morbosidad con la boca. Enseguida, vuelve hasta donde el anciano; se le enfrenta hasta la barbilla. Más al instante, le revienta esa bomba verdoosa en toda la cara. En conjunto, Tachuela procura efectuar una pataleta de histeria. Sus carcajadas se figuran como insostenibles. Para uno no creerlo, también se pone a brincar en un pie por esa insania que lo acosa. El señor, desde su posición de ofendido, claro no puede soportarse más la chanza, su semblante ya está rojo de rabia. Ante el apuro, sólo por un impulso cierra una de sus manos y severo se le manda encima, le acaba de zampar sus buenas trompadas. De golpe, le reventó la mejilla derecha, lo dejó sin la menor oportunidad para defenderse, lo estrelló contra el sardinel.

Ya entre lo otro, iracundo, le grita:

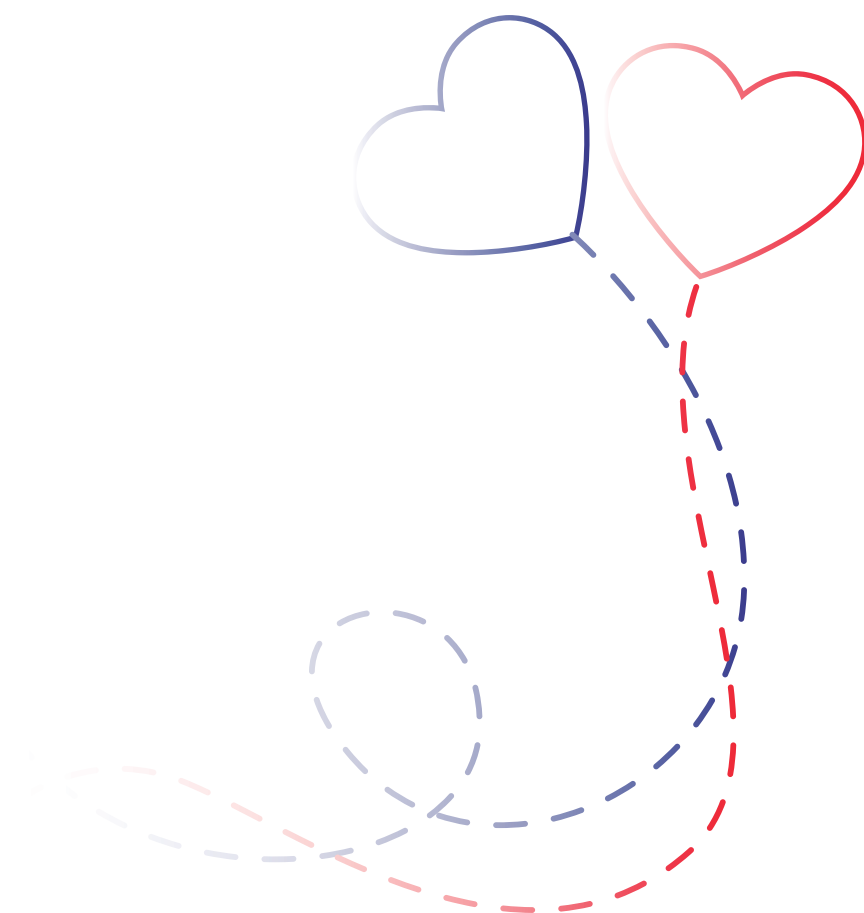
Perro hijueputa y usted qué me vio, pinta de gallina -desadaptado por aquí le mete otro puño-. Sabe y eso le pasa por dárse las de guasón, tonto marica.

Sí, pero no me pegue, yo sólo quería hacerle la amistad -dice Tachuela pendejamente.

No, le creí, guevón, le creí -al mismo tiempo le lanza una patada en las costillas.

Menos mal, asoma un policía por la esquina del teatro. Avanza a pasos lentos a medida que le da los giros al bolillo. Hace distraído la ronda de rutina. El cansancio lo embarga casi hasta lo inaudito del desocupe. Pero una vez ve el altercado entre ambos civiles, recompone su estado de ánimo y decide ir hasta donde ellos; se les arrima con dureza de mando, pasa a separarlos como puede con las manos. Igual a lo normal, para la otra reflejante realidad los habitantes de este suburbio aparecen junto a las puertas de sus casas para chismosear lo que puedan gozarse descarada





mente. Todo esto azaroso les causa excitación. Y la gentuza de la calle que pulula en la polución, figonea de reojo al payaso ensangrentado. A los presentes les genera ironía esta precisa desventura, menos a Piedad quien advierte el drama desde los ventanales de una librería antiquísima. Ella desde allí, lo que augura es un poco compasión por el pobrecito y por ello piensa en inspirarle un poema de salvación.

El señor agente mientras llama a los revoltosos al orden y pita varias veces para hacer escama. Ante ello, Tachuela se levanta del asfalto. Lo logra entre tumbos. Se tiene contra la pared. Ahora remueve la cabeza hacia un lado y hacia otro costado. Lentamente recupera la noción del equilibrio. Permanece callado por un largo rato. Deja que el viejo peleador hable sus canalladas, inventa un montón de embustes. Así, mejor de payaso lo examina con una cara de desprecio. Recorre ese cuerpo fornido con su mirada. Le da rencor. Y de repente, se da cuenta de que él tiene la billetera ligeramente salida del pantalón. De modo que estira las manos como si estuviera desperezándose y de un sólo raponazo, le hurta el objeto de valor. Acto seguido, huye hacia el atajo del cartucho a toda velocidad. Al poco tiempo desacelera. Sólo se agacha para recoger el maletín que aún está junto al teléfono. Lo toma con rapidez. Vuelve a correr con ganas. Va derecho hasta donde el local del costeño. De una vez por allí voltea por la esquina de los vendedores ambulantes. A lo ágil, se escabulle entre la multitud de los desengañados mientras el tombo revolotea a modo de perseguidor.

Ya por aquí, Tachuela acaba de quitarse la peluca y la máscara. Así pasa desapercibido como un desconocido. Limpia a su vez la sangre que quedó en sus labios. Aún de más, trata de ir

apresuradamente por los callejones. Lucha por perderse de los opresores disparatados. En medio del bullicio, rebasa al cuentista Evelio quien sabe que este mundo es de mujeres y de hombres pobres. Sin embargo el donoso lo esquiva sin distinguirlo en su exhalación tan excelsa. Nomás coge de largo por una carretera destapada. Sorte a los taciturnos, va veloz hacia ningún lugar en donde los diferentes obran como malabaristas. A lo fabuloso, siente que flota en el aire. Fugaz se ha podido escapar. A lo luminoso es porque bufona viene otra vez a su presencia. Ella regresaba del circo y volvía para su apartamento; cuando entonces por entre los eucaliptos y los grillos, lo reconoció a él, al fascinador.

Por esta magia elevada, juntos se toman de la mano en menos que mucha tardanza. Al cabo divino, cruzan por un parque de drogadictos, así como atraviesan unos varios potreros de vagabundos. Sobre lo otro milagroso, llegan unidos al palacio de los espejos. En hecho, van hasta la entrada de los reflejos coloridos. Y son las horas de los desarreglos universales. Ellos por fin tienen el valor de traspasar por la inceptión; con expectativa lo hacen con una energía poderosa. De conformidad, hombre y mujer viajan por un agujero de gusanos. Un año luz semejante transcurre en el tiempo. La oscuridad explota. Mas en mayor experiencia, ambos retornan a la infancia en donde Tachuela suspiraba por ella. Así hacia lo inesperado, regresan a esa Avenida Caracas de las alucinaciones. Allí, todo lo observan igual a como las cosas eran durante el pasado. Las vigiliat están intactas; nada lo conciben distinto, la gente sigue en su mismo inframundo. Tan sólo lo único, que ellos dos intuyen que cambió, fue el juego y el amor de la bufona. Por eso lo majestuoso, ahora recomienzan una vida nueva de bufón y otra de payasa.

ANN DARROW

Paco Carmona
Puebla, México
f: paco carmona

- Well, Denham, the airplanes got him.
- Oh no, it wasn't the airplanes. It was beauty killed the beast.

Tenía 5 años cuando lo conocí. Sus enormes manos subían y bajaban pesadamente. El hielo seco le daba un aspecto demoníaco; mis delgados dedos no alcanzaban a tapar toda mi cara. Con una mano intentaba alejar aquel hocico negro, con la otra (a tientas) llevarme una palomita de maíz a la boca. El seno de mi madre de pronto me protegió. Acarició mi cabello, paseaba sus dedos por mi oreja, me besó la frente para animarme a abrir los ojos y enfrentar al rey de la jungla.

Dudando abrí un ojo. El enorme simio seguía en el mismo lugar; movía repetidamente la cabeza de un lado a otro. Una sonrisa nerviosa ahuyentaría al miedo por muchos años.

El gran gorila aparecería en repetidas ocasiones, sólo que no medía 10 metros; a veces era blanco, moreno, pelirrojo o castaño. Sus manos no eran tan grandes, el enorme hocico era ahora un muro agrietado que disfrutaba cuando lo besaba. Humedecía mi entrepierna al verlo llegar. Confirmaba el pavor que de niña le tenía.

Boca arriba observo una antigua foto -mi madre y yo en el circo- mi madre sonriendo y yo asustada. Cierro los ojos, el hielo seco me cubre todo el cuerpo, el olor a excremento de elefante entra por la ventana; puedo sentir al gorila rasguñar mis entrañas.





Aarón Thaumatrope Álvarez Díaz
La Paz, México
f: Aarón Thaumatrope

¡Mierda!

La mosca cayó en una profunda depresión luego de leer la frase: «Eres lo que comes».

Para todo mal...

Intentando olvidar las penas que los invaden, algunos gusanos se ahogan en mezcal.

Parasitaria

— ¡Eres un enorme parásito! —Le reprocharon sus padres a la sanguijuela treintañera, que aún vivía con ellos.





DESENMASCARARSE FRENTE AL ESPEJO

17

Verónica Meneses Pérez

Puebla, México

f: Vero Meneses

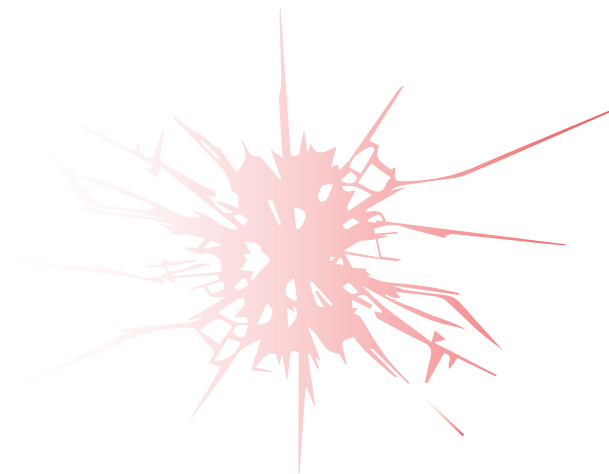
Me siento frente a un cristal oscuro con la seguridad de que, de alguna manera, la relación entre la imagen de la *pareja* ideal y la *violencia* es obtusa pero inminente. Me siento, también, frente a la duda de terminar sin descubrir nada, o bien, terminar descubriendo algo en cada pareja que conozco, incluyendo la mía.

El tema me sugiere varias cosas. Pretende, primero, adjetivar una relación amorosa, de ahí el énfasis en pareja. Después está la violencia que, así, en general, no refiere a sus formas de manifestarse y permite hablar de distintas conductas perjudiciales que afectan a los miembros de aquella relación. Por último, motiva la idea de algo escondido; esto hace pensar en eventos hirientes que se ocultan de la sociedad para no comprometer la imagen que presenta una pareja. Esta vez, sin embargo, creo más importante ver la máscara de frente y cuestionar cómo el engaño termina siendo autoinfligido, como un estado ambivalente de conformismo e ignorancia. Me pregunto por qué es tan fácil tragarse esta idea y tan difícil aceptar su esencia oscura.

¿Cuál es la pareja ideal?, ¿cuáles son las máscaras?, ¿dónde está la violencia? Parece contradictorio que la pareja, símbolo por excelencia del afecto, sea juzgada en el microscopio del daño. Una certeza aparente es que, las preguntas anteriores se resuelven en tres ideas: la pareja ideal es aquella que hemos aceptado conforme al sentido de pertenencia y el de permanencia; las máscaras son cada símbolo, arraigado e incomprensible, aunado a aquel ideal; y la violencia está en abrazar de manera paulatina el mosaico formado por las dos ideas anteriores, sin límites, sin condiciones.

Con estas consideraciones en mente, tal vez sea apropiado ir de lo general a lo particular. De entrada, la sociedad pinta la fachada de lo que se espera de una relación sentimental *sólo* entre dos personas: estabilidad financiera, planes de vida que se complementen, afinidades, y coincidencia socioeconómica. Un «se ven bien juntos» parece irrelevante; puede ser un elogio, pero debajo de la superficie es claro que se califica una relación no por los comportamientos, que igual podrían ser engañosos, sino únicamente por la apariencia de dos cuerpos cuando están juntos. En el mejor caso, el cumplido podría motivarse por los rasgos comunes que se asumen como propios de una pareja: gustos musicales, vestimenta, aspecto físico. Se lanza entonces el comentario al aire y cae en ellos dos como una razón, tal vez no pensada pero válida y poderosa para continuar la relación.

Por supuesto que la sociedad no solo juega un papel en cómo se percibe a sí misma una pareja, sino también en cómo se construye a partir de lo que ve en su entorno: un reflejo opaco. Los comportamientos y valores de una comunidad, la cultura



predominante, lo preferible y lo permitido, delimitan la manera en que dos individuos actúan y luego eso, lo aceptado, permea la relación. ¿Qué estilo de ropa vestiremos en tal evento?, ¿cómo se valora su profesión en la sociedad?, ¿armonizan su cuerpo y el mío en una fotografía? Nos hacemos estos cuestionamientos sin razonar su importancia, si es que en verdad la tiene.

Dentro de una esfera más íntima podría calificarse el papel que juegan ciertos individuos respecto a la vida de la pareja, como colegas, amigos y familiares. «Que no se te vaya», te dicen, «está para casarse», y ahí vas, aferrándote a la conveniencia, a algo que va a cubrir necesidades, cumplir expectativas y hasta simplificar un estilo de vida. Pero no hay interés en cómo funcionan el uno con el otro, el otro con el uno, los dos en conjunto, los dos por separado, los dos frente a un sinfín de posibilidades. O también, ¿por qué no?, nos presentan la decisión de elegir pareja casi apegada al consumo: «de esos ya no hay», «¿y si se va con alguien más?». Si se tiene que ir que lo haga, si ya no está disponible no hay que verlo como una posesión perdida, si ya no hay de ese tipo habrá de otro. En todo caso no hay que pensarlo como una compra.

Se cuelan a la cabeza los comentarios de nuestros conocidos porque algo significan para nosotros. Y a su vez dejamos que a través de ellos penetren a la imagen de la pareja ideal una serie de convenciones no necesariamente propias. ¿Por qué busco una relación con alguien de mi entorno?, ¿por qué me inclino por quien comparta cierta postura religiosa o política?, ¿por qué una relación con alguien de un género en particular?, ¿por qué creo que mi pareja debe ofrecer una cierta imagen y probar con ella algo?, ¿cuándo acepté y ejercité estos reflejos inciertos?

De cualquier manera, el plano más importante es el personal, que puede manifestarse al menos en dos formas. Por un lado, la pareja: ese núcleo, fundado en una especie de pacto de privacidad, puede ser más permeable de lo que imagina si uno de los dos le da una importancia mayor a algún aspecto no pertinente para el funcionamiento de la relación. Puedo esperar, por ejemplo, que mi pareja destine un tiempo de convivencia para los dos o que sea flexible en cuanto a la movilidad que yo necesito para desarrollarme, pero cuando empiezo a exigir o reprimir elementos que no afectan a nadie más que a mi pareja puedo incurrir en la violencia.

Crear que su corte de cabello tiene que ver contigo, tomar decisiones sobre su cuerpo, limitar su estilo de vestimenta, el privar sus maneras de comportarse aunque no perjudican a nadie, es atacar a tu pareja. Resulta sencillísimo caer en este tipo de imposiciones cuando las actitudes por las que los causamos son parte de valores sociales. Y al constreñir y normalizar las reacciones de uno frente a las manifestaciones del otro se va construyendo una imagen que, por supuesto, le dice algo a la gente y al miembro de la pareja que busca esa forma en particular, pero que carece de profundidad: es sólo la carcasa de un lazo débil. Además, tal imagen se forja a partir de símbolos que encubren violencia: no hay otra manera de llamar a esta situación.

Estos aspectos, que trazan el retrato idílico de una pareja, parecen más significativos para los ajenos a la relación que para sus miembros. Pero independientemente de cómo los vean esas personas, el problema emerge cuando las percepciones se arraigan de tal manera que la pareja las adopta como propias, haciendo más difícil que se reconozcan los daños implicados. Hasta aquí se han tratado los signos mediante los cuales se crea la imagen de la pareja ideal y cómo la absorben aquellos en una relación: ahora puede entonces asegurarse que entre los dos surgen lazos de identidad, casi inventados, que responden al sentido de pertenencia, de propiedad.

Parece que se termina formando un monstruo con los componentes de la pareja *ideal*, si es que hubiera un ideal común a todos. Y esta criatura, parchada y amorfa, nace de tal manera que sus partes se convierten en objetos inamovibles. Esto nos

hace reacios a cambiar, a no vernos: confiamos tanto en la imagen de la pareja y tan poco en la relación que, según pensamos, cualquier movimiento cuarteará y hará explotar todas las máscaras. Aferrarse a la continuidad de la imagen satisface entonces nuestro sentido de permanencia: si nada cambia hay estabilidad, y esa quietud da una sensación de duración y también de seguridad.

Aquel con quien comparto *ha sido* antes de mí y *es y será* incluso si yo no figuro en alguna parte de su vida. Debo entenderlo *per se* y no en función de mí, ya que de otra manera intentaré apropiarme de mi pareja. Y esta premisa debe funcionar en ambos sentidos para quienes conforman la relación. Ni la otra persona tiene por qué moldearme a partir de ella ni yo pensarme de tal manera, y viceversa.

Cuestionemos entonces la violencia psicológica de un símbolo, porque eso es la pareja ideal y nada más. Un tapiz de significantes con valor asignado, no propio. Un conjunto de rasgos que definen algo, algo que aún no me queda claro pero que sé que no es la pareja. Una máscara tan real como la piel: nos hace olvidar nuestra propia cara.

Tal vez, más bien, deberíamos de dejar de buscar un *tipo*, dejar de buscar en general y encontrarnos con alguien, o con varios, en una relación cerrada o abierta, consensuada y tan desnuda como sea posible de los símbolos y códigos que hemos aceptado. Esos ideales que cubren tantas llagas; espacios vacíos; la pérdida de uno mismo.

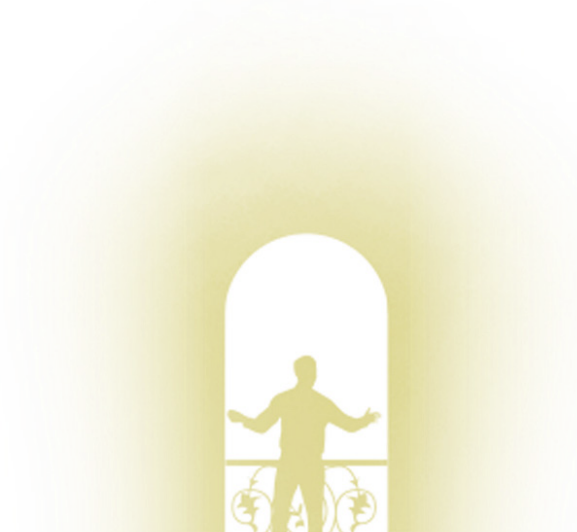
Quiero decir que argumento esto con la sensación de que mi conocimiento al respecto es pleno: al vivirlo de primera mano tengo algo que decir. No obstante, lo escribo desde la misma situación que desmenuzo: una pareja que abraza varios rasgos del ideal descrito pero que se niega a pensar que sea víctima del reflejo opaco. Me siento frente al espejo y palpo mis cachetes, froto mis labios, rasco mi frente. Me siento con los dedos hipersensibles buscando en los bordes de mi cara, en las raíces del cabello, la presencia de un rostro ajeno. Percibo irregularidades pero soy incapaz de saber qué hay. Un poco por miedo a descubrir que traigo una máscara, un poco por encontrarme frente a la inconveniencia de tener que replantearme mi relación.

Pedro Díaz
Puebla, México
f: Pedro Diaz

Jesús Daniel Juárez Cruz | Puebla, Puebla f: JDaniel Juárez Cruz

Mulkraj Anand

Cuando el escritor Bavada Usul falleció, la ciudad de Absuel Providán lloró por seis días. En el séptimo, en su memoria, como dictaban las viejas tradiciones, tanto niños como adultos, tomaron alcohol hasta el desfallecimiento; fumaron las pipas sagradas que guarda la deidad Jhabvala Me-non dentro de sus manos; incluso se reunieron en las calles para realizar banquetes y leer los poemas de Bavada una última vez. Luego de eso, un



sepulcral silencio: la literatura de la India sucumbió ante el olvido.

En el ensayo titulado «La otredad cercana», de José Emilio Pacheco, el autor describe a Bavada como una figura de protesta en contra de las normas literarias; uno de los primeros en escribir en su lengua materna, el Hanif Kureishi. Pacheco añade: «Además, este hombre ha incorporado un elemento retórico de inexplicable significado, un parteaguas poético que aún no descifro, pero que provoca un estallido de sentimientos ante el público lector, algo que él mismo nombra *Mulkraj Anand*, traducido al español, lo que no se nombra pero se entiende».

Bavada falleció un día viernes, cerca de las 15:00 horas, razón por la cual algunos de sus seguidores, hoy en día, le apodan «El Cristiano». De acuerdo a los testigos, Bavada recitó una serie de poemas inéditos desde el cuarto piso del hotel donde se hospedaba. Hizo, lo que muchos consideran, la mejor presentación de literatura oral en todo el siglo. Después de ello, gritó a sus emocionados oyentes: «Escuchad bien lo que os digo, vivimos en una mentira, la poesía no es poesía, es mera reconstrucción, no hay nada nuevo, yo intenté crear algo más, otra cosa, trascender, pensé que el *Mulkraj* sería la ruptura del ser... y sin embargo, me siento igual que ayer... nada tiene sentido y nada vale la pena, de eso me acabo de dar cuenta». Segundos más tarde, Bavada estrellaba

Su hermana, Mamta Kalia, ganadora del premio Marathi Nehru, concedido a aquellos que exploran la catarsis como elemento de escritura, redactó un breve texto acerca de cómo el final de las cosas puede ser analizado a partir de la hermenéutica. Si bien su texto parece ser más un intento astrológico para explicar la muerte de Bavada, en este, redacta sucesos que, según la autora, se hallan fuera de lo común. «Antes de que mi hermano cometiera suicidio, varias hormigas buscaban alimento en nuestro baño. En primera instancia pensamos que comían nuestra pasta dental, pero luego de seguir su camino, una hilera de entre cien y doscientas hormigas, nos percatamos que llegaban a la coladera y se arrojaban al agua estancada para ahogarse». Durante la presentación de su libro *De Gadamer a Ricoeur*, Mamta leyó para todos la dedicatoria de su primera página «Para mi hermano, ese idiota que no creía en nada y terminó siendo un ídolo para todo el país».

Al principio, la policía investigó los antecedentes del poeta. El uso de drogas y estupefacientes quedaron fuera del rango. Enemistades con grupos delictivos o problemas de dinero tampoco fueron tomados en cuenta. Su última pareja sentimental, Kamala Das, le explicó a la policía que, aparte del complejo sexual acerca del tamaño de su miembro, Bavada era un muchacho simple que escribía sin interrupciones. Finalmente, el caso tuvo que cerrar con la etiqueta «Problemas de Autoestima o Problemas Emocionales», situación que mitificó a Bavada como un poeta maldito.

Durante el luto nacional, muchos preguntaron en las calles «¿Quién demonios es Bavada?». Salman Rushdie, autor de *Los versos satánicos*, escribió al respecto: «Conocí a Usul en una tertulia veraniega, en la ciudad de Nayantara Zahjal. Apenas hablé con él, me di cuenta de dos cosas. La primera, Usul no quería ser reconocido, por lo que cambiaba su nombre de manera constante y en todos lugares. La segunda, su poesía era, ante todo, el reflejo de lo que la gente lee y olvida ese mismo día».

Cuando el escritor Bavada Usul falleció, la India siguió en movimiento. Los medios televisivos y radiofónicos le dedicaron menos de tres minutos a la nota para continuar hablando sobre el fútbol europeo y las crisis energéticas de los capitalistas. No hubo ceremonia alguna en su nombre. Limpiaron los sesos y la sangre con agua de los canales de riego. Ese día hubo tanto calor que tuvieron que incinerarlo casi al instante para que el cuerpo no se pudriera. De entre sus pertenencias, Harold It, compañero de Bavada, rescató un escrito suyo que dicta: «Cuando fallezca, proméтанme que, por primera ocasión, todos sabrán lo que he hecho por la poesía, que mi nombre atravesará el océano y será lapidado con letras de oro».



Ulises Sauri

Puerto Vallarta, México

f: /ulises.sauri

INSTRUCCIONES PARA UN FUNERAL

Ahora que el trino ha cesado
y las luciérnagas verdes, de desdicha
quieren yacer en camposanto
en largas filas de coronas...

Bien me habían dicho
que el olor a flores calma a los cadáveres
pues recuerdan que también lo bello
se agacha, se pulveriza, se va en el viento.

Y en el momento
en que todas las lágrimas se vuelvan vaho
de los que me amaron en vida
y mis restos, sean estorbo
y mi nombre una memoria...

Quiero que mi amada descalza
me meza sobre la escarcha
mientras le canta
a mis ruinas que caben
en tan solo una lata.



Motivos por los que se ufana este cuerpo

Paco Carmona Díaz
Zacatlán, México
f: Paco Carmona

In memoriam Guillermo Fernández

Te imagino pútrida, santa-niña-muerta de ojos vagos tocando tu canción favorita en la rockola. Te imagino sensacional portando ese par de texanas. Te imagino con la tráquea seca de tanto cantar a dentelladas; así también imagino el infierno.

La felicidad es el olor de los pinos, los pies desnudos sobre el pasto húmedo, la hojarasca entre las manos; el rumor de las olas, la arena pegada al cuerpo, mil amaneceres destinados al riesgo de querer vivirlos.

Sólo los grandes solitarios emprenden largas caminatas.

Ítica es al viaje como mis direcciones se tornan invisibles: me ilumino de crepúsculos donde los documentos no son necesarios para transitar fronteras, me niego pruebas divinas; actúo entre bastidores, me fortalezco de mis súbitas convalecencias.

Al final, vamos donde la paciencia no niega que la gloria de este mundo es transitoria.



Soneto Hermetico

Nitz Lerasmo
Ciudad de México, México

El jamás engendrado es siempre eterno,
fina causa del cosmos y del hombre,
único su silencio fiel al Nombre,
y fijado en estrellas su gobierno.

Un principio veraz, rumor alterno,
Pensamiento o ilusión que al mundo asombre;
escuchemos su voz y su renombre
más allá del noveno cielo externo.

Astro inmóvil, Demiurgo de esmeralda,
el secreto, tu enigma, ya devala;
dame y pon tu universo en esta espalda,

la morada de un pájaro que vuela
y ama. Lirios y rosas mi guirnalda,
lirios lloro y la rosa te revela.

Mónica González Velázquez
Ciudad de México, México

Un día escribí acerca de los giros

*¿Cómo puede Dios soportar mis reclamos,
tan similares a los zumbidos de los mosquitos?*

Francisco Hernández

Un día escribí acerca de los giros: *en una vuelta de mi mano se abre el mundo. Los caminos buscan destino. El viento enrarecido contempla sus islas. La piedra es un puente que une continentes. Pájaros de vivos colores transgreden sus jaulas y en libertad sobrevuelan. No hay nichos. Las deidades caminan entre los mortales.*

Hoy no he resuelto todas las dudas en mi paso por el mundo ¿Quién se vuelve políglota en un mundo que no escucha?, ¿por qué vaciar es más fácil que llenar?, ¿por qué me llaman trotamundos, si en mi habitación me extravió?, ¿de qué me construyo, si al caer todas mis partes se derrumban? Sólo el eco de mi voz me acompaña. Nada he respondido. El giro de la historia debió haber sido otro: *este saber no sabiendo es de tan alto poder, que los sabios arguyendo jamás le podrán vencer.*

Cuentan que Vallejo era como un pequeño Dios, similar al que lo parió un día. Descubro que ese Dios estaba tan enfermo como yo, y de allí nació un Altazor. A la edad de Cristo me partió un rayo los hemisferios. El giro de la historia debió haber sido otro: *soñar un libro espasmódico de hojas desprendibles.*

Por siglos nos hacemos escuchar, la historia nos ha visto convulsionar y al agravio de su ignorancia, hemos sido sometidos a toda clase de experimentos. El giro de la historia debió haber sido otro: *porque no tengo raíz, como un árbol, y por tanto no tengo raíz...*

Y en este cause vulnerable, me exprimo los venenos de la ira porque me han llamado a contar mi historia. No soy yo, en la hoja existen verdades que no quisiera ser. El giro de la historia debió haber sido otro: *ya que preguntas por el futuro, comprende que la vida es una rosa quemada por el azul del silencio. Por el filo multiusos en que el verso yace.*

wish you were here

Ricardo Sandoval Tello

Michoacán, México.

t: @sandobaru

«Mors est quies viatoris»

¿Ya cuántos meses llevas en esto?, ¿o acaso ya sería más práctico medirlos en años? Y es que hasta pareciera que nunca te enseñaron que los caprichos caducan a los veintitantos días, y tú ya llevas esos y su cuadrado arrastrando al muerto; incluso pienso que tu *detour* a New Orleans fue por razones médicas. Perdóname si le sigo llamando capricho a tu *aventura*, pero que tu complejo de Marco Polo te lo vaya a creer tu abuela. Porque resulta que el muchachito, bajo pretexto de que ya no queda nada por descubrir, nos sale con la pavada de que quiere descubrirse a sí mismo, se nos va a jugar al explorador...

Disculpa, creo que por el bien de nuestra relación, y de la carta (porque bien sabes que soy de las pocas personas que sigue respetando al medio epistolar), debí haber comenzado con una presentación en regla, más educada. Pero qué quieres que haga; nada más veo una hoja en blanco y un bolígrafo y se me suelta la lengua, bueno, la mano en este caso. Pero volvamos a tu prometido prefacio:

Hola, hermanito, ¿cómo has estado?, o ¿cómo te ha ido?; te doy a escoger la que prefieras, porque, conociéndote, bien puedes estar «bien» habiéndote ido pésimamente, o puedes estar mal habiéndote ido excelente. Por lo que preferiría que me contestes la pregunta que derive en una respuesta más optimista, más esperanzadora, más reconfortante; esa que haga soltar las menos lágrimas y rosarios posibles a mamá.

Y ya que saqué el tema de madre, también mencionaré de una vez a padre, porque, según lo que ellos nos han enseñado (y que a ti se te olvida, y que a mí se me pasa, y que a Cassandra le evadió), el matrimonio te hace una unidad con tu pareja y la individualidad pasa a segundo plano y etcétera, etc., «e-te-ce», por lo que no puedo nombrar a uno sin que el otro salga al caso: se encuentran bien, o al menos un medio, tal vez tres cuartos se encuentran bien.



A papá no le para el dolor de espalda, y la amenaza de otro infarto lo sigue asechando; el tío Ernesto dice que es síntoma del complejo de Atlas que papá se carga, pero fuera de eso al viejo no se le puede borrar la sardónica sonrisa del rostro (algo ha de saber que uno no). Mientras que mamá, (mamá): mamá ya se ha terminado el santoral nomás de pensar en ti; que si le reza a Santa Mónica, le dedica su diezmo a San Cristóbal, o le prende una veladora a San Judas. Y, como de primera mano tú puedes observar, nada. Ya hasta ha pensado volverse atea, o agnóstica, lo que sea que venga primero. Pero es que, qué te cuesta mandarle, ya no digo una carta, al menos una postal, de esas con algunas cataratas de fondo, o el coliseo, o la torre Eiffel, o el Taj Mahal, o lo que sea que sobresalga de donde sea que andes. Ándale. Para que veas te incluyo un billete dentro de la carta; te lo mando en dólares por eso del tipo de cambio, sólo esperemos que los del servicio postal no se lo adjudiquen como propio. ¿Dónde estábamos? Claro, repasando genealogías y comentado al pie de página: Casandra está *très bien*, descontando al marido, claro. Pero dado que uno está en New York y la otra seguramente en París, cuando no en Berlín, o acaba de regresar de Madrid, se puede decir que el matrimonio va viento en popa (para alegría de abuelita y consuelo de mamá); mientras que la pequeña Lulú (que en unos meses el calificativo le quedará sobrando) ha logrado entrar a la

école de mesdemoiselles (espero haberlo escrito bien) de la capital. Y es que ya sabes cómo son ellos y su francofilia. El primo Alberto ya regresó a Oaxaca, y no puedo decir que alguien lo extrañe; si estaba con nosotros era en honor a la memoria de tío Julio; lo único bueno que pudimos sacar de su estadía fue el descubrimiento de que uno no transporta en los genes la decencia ni las buenas costumbres. Abuelita perdió el sentido del gusto: así, de repente; despertó una mañana y el café había perdido su amargura, el cuerno de azúcar su dulzura y la vida su gracia; ahora se entretiene pasando su recetario a máquina y relamiéndose los bigotes por cada oración que transcribe. Abuelito sigue soltando frases que pretenden ser consejos pero suenan cada día más a reclamos, y me encargó el entregarte los que a ti te atañen: «cuando uno viaja, los libros se deben desechar como quien se cambia los calcetines»; «en los puertos se conoce a los amigos y se olvida a los amores». Hablando de amores, «la temporada de cerezos trae sólo corazones rotos» (recuerda que pasó una temporada como embajador en el Japón). Y, mi favorita, «nunca escojas el asiento de en medio cuando viajes en tren» (lo encuentro sumamente útil; algo ha de saber el viejo). Y, por último (y menos importante), tío Ernesto, tía Estela y Carlota, sirven como ejemplo de la constancia, la estabilidad, la apatía y la impermutabilidad (*same as always*, pues).





Es prudente -y necesario- agregar que lo anterior ocurrió en el periodo comprendido desde el fechado de la anterior carta (14 de junio), que espero te haya llegado, hasta el día en que te estoy escribiendo esta (1 de agosto), que va a ser la última (al menos hasta la siguiente). Esto te lo aclaro porque no vaya a ser que lo que ocurrió a fines de junio lo desplaces a inicios de septiembre o mediados de octubre o finales de noviembre, o cuando sea que el cartero por fin dé contigo y te haga llegar la carta, ya que la última dirección en regla (esa en la que no le tenemos que rogar a la oficina postal que sea laxa con eso de las diferencias entre avenidas y bulevares, o que cambie colonias por calles, o el que poco le importen los muros de las cerradas o la correcta ortografía de los poblados, en caso de no encontrar la casa o posada) que tenemos de ti es la de los primos Murrieta (y eso, la tenemos porque son los primos Murrieta), quienes muy amablemente se dedicaron a reenviar las últimas al departamento de la fulana italiana, a la cual le dejaste como renta un grifo con fuga de lágrimas, y quien, a pesar de ello, muy amablemente ha estado reenviado las demás a la villa en la que terminaste varado; a partir de la cual han sido códigos postales con nueves donde deberían ir cuatros, y lotes sin número y entregas cuya logística requiere del FBI. Por ende te pido que de llegar a contestar no se te olvide llenar la parte superior izquierda (tu izquierda, y de frente) del sobre, esa en la que se pone al remitente, y, de continuar con tu peregrinaje, te dignes a mencionar tu próxima parada; quiero decir, a estas alturas no es mucho lo que uno pueda llegar a hacer, con todo eso de la fuerza imparable, y las piedras rodantes, y que la mula es terca, ¿quién te puede llegar a detener?, la fricción, acaso, y en una de esas la madurez, porque la muerte lo dudo; lo que sea que quede de ti seguirá vagando con tal de no darle el gusto al resto de la familia de verte asentado. Y, en ocasiones así es como me siento: hablándole a un fantasma, a un recuerdo, a un fragmento de mi imaginación; quisiera decir dialogando, pero, para ello, ambos sabemos que se necesitan dos.

Me despido, hermano, esperando que Ulises algún día decida tomar el camino de regreso a Ítaca.

Con cariño,
Matilde.

“

“Ya están vestidos, ya se van por la calle. Y es sólo entonces cuando están muertos, cuando están vestidos, que la ciudad los recupera hipócrita y les impone los deberes cotidianos.”

CIUDAD, DE JULIO CORTÁZAR

ESPORA